



EL RATÓN DE CANARIAS

Graciosa y divertida relación de las proezas, valentías, destrozos y muertes que causó un ratón fenomenal en Santa Cruz de Tenerife (Islas Canarias).

PRIMERA PARTE

Sin ir más lejos, ayer recibí por el correo una carta muy extensa de un amigo y compañero, que allá en las islas Canarias por suerte ó desgracia tengo. Es un hombre que jamás miente cuando está en silencio, y por eso creo yo que será digno de crédito cuanto me dice en la carta

aún para los más incrédulos. Aquí te la copio íntegra y no lo tienes á cuento, lector, porque te aseguro que si no es mentira, es cierto. —Amigo Pepe: Esta carta te escribí lleno de miedo, que me agra todavía al recordar un suceso que acabé de presenciar, horripilante, tremendo,

¡Ay! las *tiritas me piernan*
y se me alteran los *neruos*
solamente al recordarlo.

¡Qué, si hasta me *pulsa e tiemblo!*

En casa del tejedor,
don Nicomedes Pan Tierno,
al entrar en un desván
que hacia muy largo tiempo
no entraba ninguno en él
joh, caso raro, estupendo,
descubrió un ratón tan grande
como unidos veinte cerdos,
con bayonetas por dientes,
y por bigotes, maderos,
el cuerpo como una casa
y la cola de diez metros,
parecía la maroma
de la barca de tu pueblo.
Cuando lo vió el tejedor
fué tal el susto y el miedo
que dando un gran estallido
reventó todo su cuerpo,
quedandó el mayor pedazo
como el diente de un conejo.
Al verse libre el ratón,
pretendió del aposento
salir; más siendo imposible,
por ser el maroma pegado
de la puerta, dió un embite,
y ¡zás! la derribó al suelo;
luego dió tan fuerte empuje,
que se hundió hasta los cimientos
la casa, y aunque él quedó
entre escombros todo envuelto,
salió de allí forcejeando
sin el menor contratiempo
á la calle echando chispas
y atemorizando al pueblo.

A una manada de toros
que venían al encierro
en número de dieciocho
acometió con denuedo;
á este quiero y á este no,
sin reparar en los cuernos
á todos los destrozó
en brevisimo momento.
Había allí un edificio
con una puerta de hierro
y en él se metió el pastor
de tanta fiera huyendo;
pero esto no le valió,
porque aquél ratón, rompiendo
de un dentellazo la puerta

en la casa entró corriendo,
cogió al pastor, y en el aire,
le dió tres ó cuatro vuelcos,
y tan alto lo envió,
que no se ha visto su cuerpo.

De allí se salió tranquilo
y se fué á un cerral de cerdos,
donde tal maña se dió
á comer, que en un momento
se tragó cuarenta y siete
con hocicos, cerda y huesos,
y como con tal hazaña
propia de animal más fiero
sintiera sed el ratón,
con el gáznate muy seco,
en un almacén de vinos
un montón vió de pellejos,
y con líquido y corambre
se bebió lo menos ciento,
cogiendo la borrachera
más grande de nuestros tiempos.

¿Quién le contenía entonces?

Si cuando se hallaba cuerdo
nadie podía con él,
¿quién podría estando ebrio?
Salió dando resoplidos
por las calles y paseos
levantando una de polvo
que todos quedaban ciegos.
Llegó á un estanque muy grande,
donde, dándole á los remos,
navegaban varias lanchas
que había para recreo,
y dió tan gran resoplido
aquel animal tan fiero,
que las lanchas naufragaron
muriendo los marineros;
las aguas con gran empuje
del estanque se salieron,
inundando la ciudad
hasta su más alto puesto.
Percieron mil personas
y treinta casas se hundieron,
y otras tantas amenazan
derrumbarse sin remedio;
y gracias á que el ratón
se hallaba otra vez sediento
y empezó á sorber, sorber,
hasta dejar todo seco,
que si esto no sucede
se derrumba todo el pueblo.

Marchaba ufano el ratón
sin encontrar contratiempo,